

CONFERENCIA MAGISTRAL

LA MEDICINA PREVENTIVA DEL MEDICO CLINICO¹

MANUEL MARTÍNEZ-BÁEZ

EL PROGRESO que la Medicina ha realizado en la época moderna, y más particularmente en lo que va corriendo del presente siglo, es de tal magnitud que ha llegado a constituir uno de los caracteres más notorios de nuestra actual civilización. Tal adelanto se ha originado en el avance de todas las ciencias, así las de la naturaleza como las del hombre, y en la persistente afirmación del humanismo. El reconocimiento cada día mayor de los derechos fundamentales del hombre y la constante aplicación a la medicina de los descubrimientos en la ciencia y de los inventos de los tecnólogos han hecho a esa disciplina tan compleja y tan vasta que no es ya posible que la mente de un solo hombre alcance a conocerla y a comprenderla en toda su extensión.

Consecuencia obligada de ese gran

desarrollo ha sido la especialización, que partiendo la medicina en varias ramas ofrece a cada médico la posibilidad de escoger de entre ellas y dedicar toda su capacidad y todo su empeño a conocer a fondo y con cabal amplitud los procesos patológicos que afectan predominantemente un sector del organismo humano, lo que le permite adquirir óptima competencia para reconocer con precisión y tratar con máxima eficacia las enfermedades que en tales procesos tienen su origen. En otro aspecto, la especialización ha influido grandemente para hacer adelantar a la medicina, ya que muchos especialistas no se limitan al ejercicio clínico de su especialidad, sino que también se aplican a tratar de resolver problemas aún pendientes en relación con ella. En esta forma el progreso de la medicina indujo la especialización y ésta, a su vez, ha fomentado grandemente ese progreso.

Sin embargo, no todas las consecuencias de la especialización han tenido

¹ Presentada en la XII Jornada Médica Nacional de la Academia Nacional de Medicina.

² Académico titular, Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales.

valor positivo. En sus comienzos, cuando ser especialista parecía consistir en "saber cada día más de cada vez menos", hubo quienes, sin comprenderla correctamente, se conducían como si consideraran ajeno cuanto de la medicina no estaba incluido en el campo estricto de la especialidad. Tal actitud era gravemente errónea, porque olvidaba o desatendía la natural e indivisible unidad del organismo humano y porque desdeñaba la noción obvia de que en cada persona hay siempre circunstancias particulares, originadas y manifestadas en las relaciones que tiene con la colectividad de que es miembro, y que suelen influir en el estado de su salud.

Las consecuencias nocivas de semejante error pronto se hicieron patentes e impusieron la necesidad de corregirlo. Hoy todo médico digno de ese nombre sabe bien, lo tiene en debida cuenta y lo aplica en su práctica, que nunca ha de considerar un caso clínico sólo como un proceso que daña exclusivamente una parte del organismo de su paciente, sin conexión con el resto del mismo, y que ha de tener presente que lo que afecta a cada persona que a él acude en busca de alivio, repercute siempre en otras de la sociedad de la que aquélla es miembro.

Como ejemplo de este cambio de actitud cabe recordar algo que ha ocurrido con la medicina psicosomática. Hace unas cuantas décadas surgió un gran interés por este aspecto de la medicina, del que se pretendió hacer una especialidad aparte. Tal interés ha ido declinando con el tiempo, y no porque las verdades que proclama sean con-

sideradas hoy como inexistentes u obsoletas, sino porque se ha comprendido, definitivamente, que toda medicina será siempre psicosomática, reiterando y afirmando así aquel concepto íntegro de la salud, lapidariamente formulado, desde el comienzo de nuestra era por Juvenal, cuando en su sátira décima afirmó que el más valioso regalo que los dioses podían hacer a los mortales era darles "una mente sana en un cuerpo sano".

Primero se formaron especialidades para conocer mejor los padecimientos que afectan predominantemente a determinados sectores del organismo, o los debidos a la acción de ciertos factores etiológicos. Nacieron así la neumología, la oftalmología, la urología, y otras de semejante tipo, y la infectología, la venereología y la tisiología. Se formaron otras, dedicadas a atender a ciertos grupos de pacientes, más bien que a tales o cuales enfermedades, como la pediatría y la geriatría, la medicina militar, la del trabajo. Hace poco nació la medicina de la aviación y comienza ya a perfilarse la medicina espacial. En este grupo, cada día más numeroso de los aspectos particulares de la medicina, hay uno que no tiene por objeto enfermedades que se localicen en tal o cual sector del organismo humano o las que tienen ésta o aquella etiología, o a las propias de determinados grupos humanos; que no persigue aliviar o curar estos o aquellos males y que debe ser ingrediente constante de todas las especialidades médicas. Es la medicina preventiva. Mientras casi todas las ramas de la

medicina procuran interrumpir un proceso patológico actual, la medicina preventiva aspira a precaver cuanto pueda ser nocivo para el hombre. Evitando las complicaciones capaces de agravar un proceso patológico presente o previniendo en quien esté sano los riesgos a que están expuestas su salud y su vida, fomentando en todos el normal funcionamiento del organismo, persigue un fin eminentemente provechoso para el hombre: el de mantener, defender y fomentar su salud.

La prevención ha sido finalidad de la medicina desde la antigüedad más remota, cuando ésta era apenas una mezcla confusa de creencias, supersticiones y atisbos empíricos sobre la naturaleza y el tratamiento de las enfermedades. En los más antiguos documentos de la humanidad se encuentran alusiones precisas a la prevención. En la Biblia, los capítulos 13 y 14 del Levítico tratan extensamente de la lepra, o de lo que entonces se tenía por lepra, con el expreso designio de enseñar a evitarla. En los Números, el versículo 2 del capítulo V manda que sean apartados de las comunidades hebreas quienes sufran de lepra o de gonorrea. En otros de estos libros hay semejantes prescripciones preventivas, por lo cual algún historiador de la medicina ha dicho que los hebreos inventaron la profilaxis y que sus sacerdotes eran su policía sanitaria.

La leyenda y la historia revelan que los griegos practicaban ampliamente la prevención. Tal vez aquel trabajo de Hércules que consistió en limpiar los establos de Auguías, desviando los

ríos Alfeo y Pereio, tuvo intención sanitaria preventiva, como fue la que indujo a Empédocles a purificar el pantano de Sileno, en Sicilia, haciendo pasar por él las limpias aguas del río Hypas, con lo que logró abatir la incidencia de las fiebres, en aquellos lugares. Por supuesto, el Padre de la Medicina practicó a menudo y aconsejó de varios modos la aplicación de medidas preventivas, y en sus enseñanzas expuso algunas de las bases más firmes y racionales de la prevención.

Entre los romanos abundaron, y no sólo entre los médicos, sino también entre sus filósofos y sus escritores, quienes trataron de la prevención, sobre todo de la que buscaba precaver contra las fiebres palúdicas que tan graves fueron durante muchos siglos en la Campiña Romana. Columela, Varrón y otros, vieron desde entonces la existencia de una precisa relación entre "animalillos que se crían en el agua" y la abundancia del paludismo.

En siglos posteriores, todos los médicos eminentes practicaron la prevención y en sus obras dejaron consejos o prescripciones al respecto, inspirándose, como era natural, en las ideas que predominaban en sus épocas. Finalmente, cuando en la segunda mitad del siglo XIX, gracias a los geniales trabajos de Pasteur y de sus seguidores, se puso en claro la naturaleza parasítica de las enfermedades transmisibles, comenzó la era triunfal de la medicina en la que se ha logrado el dominio efectivo de todas las plagas clásicas de la humanidad, mientras que los adelantos en la bioquímica, en la fisiología, en la pa-

tología, revelaban recursos para prevenir otras enfermedades de distintas naturalezas.

Los cuantiosos y espectaculares éxitos logrados con la prevención obligaron a hacer para ella una especialidad, ya que conocerla, fomentarla y aplicarla adecuadamente requiere otros conocimientos además de los que se imparten a todos los médicos en general, lo cual ha de haber influido para que médicos especializados en otras ramas hayan creído que la prevención no era de su incumbencia. Algunos pensarían tal vez en la existencia de una demarcación precisa entre la "medicina curativa" y la "medicina preventiva". Pero el verbo "curar" no significa propiamente "sanar" sino "cuidar", en el sentido de "conservar, mantener, impedir el deterioro"; en el de "apartar todo elemento adverso y aportar todo el que sea favorable a la existencia y al bienestar de aquello que se cuida". Por ello, según el diccionario de nuestra lengua, el vocablo "curador", en su primera acepción, denomina a "quien está al cuidado de una cosa", por lo cual si dijéramos que el médico es un "curador", indicaríamos con tal término que su misión es cuidar algo, en su caso, la salud humana, la de las personas consideradas individualmente y la de las colectividades.

Por lo antes expuesto, una buena definición de medicina no sería la que da un diccionario médico norteamericano, como "la ciencia de tratar la enfermedad; el arte de curar", sino las que en otros diccionarios no médicos, dicen

que es "la ciencia y el arte de precaver las enfermedades", o bien "la ciencia y el arte que se ocupan de la cura, del alivio y de la prevención de la enfermedad y de la restauración de la salud", o, tal vez mejor, "la ciencia y el arte que tienen por objeto la conservación de la salud y la curación de las enfermedades". Uno de los más eminentes promotores de la medicina científica, el gran fisiólogo Claudio Bernard, dijo, con las primeras palabras del prólogo a su "Introducción al Estudio de la Medicina Experimental": "Conservar la salud y curar las enfermedades: este es el problema que la medicina se ha planteado desde sus orígenes y cuya resolución científica persigue constantemente".

Tales definiciones y esas palabras de Claudio Bernard ponen bien de manifiesto que el objetivo final de la medicina no ha de ser la enfermedad, sino la salud. Si el médico considera que su meta es la salud, no atenderá sólo a lo que en cada caso ocurra como alteración dominante, sino que teniendo en cuenta la integridad del organismo y la solidaridad funcional de todos sus componentes, cuyo resultado es la salud, cuidará no sólo de atenuar o hacer desaparecer lo que está molestando a su paciente, sino que, además, evitará las complicaciones capaces de agravar el mal de éste, las posibles secuelas nocivas de sus lesiones y las repercusiones que el caso pueda tener en su inmediato ambiente humano o social.

Se puede afirmar que todo tratamiento instituido con propósito "sanativo"

incluye ordinariamente prescripciones con intención preventiva. Preventiva de la extensión de las lesiones presentes, de las complicaciones que suelen agravar el proceso primitivo, de la disminución de la capacidad que la regresión de las lesiones podría dejar, de las repercusiones emocionales que la enfermedad tiene siempre. Preventivas, a menudo, de la transmisión de la enfermedad entre personas cercanas al caso original. Preventivas, también, de los efectos secundarios e indeseables de la administración de algunos medicamentos. De muchas maneras, y a menudo sin darse cuenta precisa de ello, el médico que trata a un paciente no sólo procura volverlo a su estado anterior de salud, sino que trata de evitar consecuencias nocivas del caso actual, en beneficio del propio enfermo y de otras personas que estén en relación con él. Más todavía: es frecuente que en su intervención para tratar un caso en el que las lesiones son ya crónicas e irreversibles, el médico actúe sobre todo tendiendo a prevenir las posibles consecuencias peligrosas de la situación que ha encontrado. Más que tratar de sanar a su paciente, lo cual no sería ya posible, el médico cuida entonces de hacerlo sobrevivir adaptándose a las circunstancias de su estado y sorteando los riesgos que éste presente.

El ortopedista que tratando a un paciente con artritis de una rodilla que pudiera terminar con anquilosis pone en extensión ese miembro; el cirujano que termina su intervención en una de las grandes cavidades estableciendo una canalización, aplican medidas de

prevención. Las prescripciones que se suelen dar en relación con el régimen de vida y con la dieta, son de carácter preventivo.

En varias enfermedades transmisibles, el éxito de su tratamiento sanativo, logrado por la eliminación de los agentes animados que las causan será fugaz si no se aplican medidas que eviten la reinfección con esos agentes. Así pasa, por ejemplo, con la himenolepiasis y con la enterobiasis, en las que la curación lograda por la expulsión de los parásitos es anulada por auto-reinfección, a menos de que se apliquen con oportunidad las adecuadas medidas preventivas. En las ascariasis es fácil lograr la curación por la expulsión de los vermes presentes al instituir el tratamiento, pero sucede a menudo que esos parásitos vuelven a aparecer, causando el consiguiente daño, si el tratamiento curativo no fue seguido por las medidas que eliminen del ambiente inmediato del enfermo los huevecillos que originarían la reinfección. En los dos casos citados, primero las medidas preventivas se han de aplicar al paciente mismo; en el último tendrán por mira el saneamiento del medio ambiente.

Estos últimos ejemplos muestran la diferencia esencial entre la actuación preventiva del médico clínico, encargado de la salud de las personas, consideradas individualmente, y de la de los grupos familiares, mientras que la que incumbe a los especialistas de la medicina preventiva, los sanitaristas, es la salud de la colectividad. Sin embargo, ni aun en casos como los que

se acaban de citar, esa situación incumbe exclusivamente al clínico o al sanitarista. Cuando la prevención se ha de hacer por el saneamiento del ambiente, el clínico debería intervenir, al menos, explicando a sus pacientes o a quienes de ellos cuidan, la forma como se contrae la infección que los enfermó y la necesidad de hacer tal saneamiento, la conveniencia de exigirlo, el deber de colaborar para lograrlo. El sanitarista debe interesarse en que las personas parasitadas sean bien tratadas individualmente, tanto para el beneficio de las mismas, como para evitar la recontaminación del ambiente que hubiere logrado sanear.

A propósito de otras muchas enfermedades infecciosas los clínicos pueden y deben intervenir en plan preventivo buscando no sólo el beneficio individual de sus pacientes, sino también el de otras personas en contacto con ellos. Una vez más se hacen aparentes la insoluble unidad de la medicina, su objetivo final como la salud, y su carácter social.

El reconocimiento que los clínicos deben hacer de la salud como la verdadera meta de su profesión, y de la imprescindible necesidad de poner en el ejercicio de su especialidad, sea la que fuere, lo que estuviere indicado como actividad preventiva, tendrá la benéfica consecuencia, de fomentar mejores relaciones entre los clínicos y los sanitaristas. Esas relaciones no son siempre como debieran ser. A veces los clínicos no aprecian justamente a sus colegas los sanitaristas, acaso porque ignoran cuáles son el saber y las ha-

bilidades propias de la especialidad de éstos. Es posible que algunos estimen a los sanitaristas como meros burócratas, con el sentido peyorativo que lamentablemente, y no siempre con razón, se suele dar a ese término. Por su parte hay tal vez sanitaristas que descuidan relacionarse mejor con sus colegas los médicos clínicos porque, generalizando injustamente, piensan que a veces éstos no ejercen con el debido apego a la ciencia y al humanismo que inspiran a la medicina, y que muchos ven en sus pacientes más bien a "clientes" que a seres humanos en sufrimiento, necesitados de comprensión y de ayuda. El estudio de las disciplinas fundamentales en la carrera del sanitarista, puede hacer que algunos miren con desdén a quienes son menos fuertes que ellos en estas ramas del saber.

Mediante la preparación específica que imparten las escuelas de sanidad a sus alumnos, seleccionados previamente por aptitud y vocación, los sanitaristas adquieren firmes bases científicas para su actuación. Sus estudios de epidemiología les dan criterio seguro para investigar cuanto se relaciona con todo lo que afecta la salud de las colectividades. El ejercicio asiduo de la estadística pone en su especialidad ese carácter científico que da la intervención de la matemática. La revisión a fondo de la infectología amplía grandemente sus conocimientos sobre las enfermedades que en muchos países tienen todavía el primer lugar en morbilidad y en mortalidad. Su conocimiento especial del medio ambiente en sus varios componentes, los hace com-

prender mejor el fenómeno de la enfermedad y lo que sirve para la salud. Por todo ello los sanitaristas están capacitados para ser auxiliares muy útiles de los médicos clínicos, ayudándolos con sus conocimientos específicos y, además, facilitándoles el acceso a recursos que manejan las autoridades sanitarias.

Por su parte, los sanitaristas pueden mejorar en mucho su actuación si cuentan con la ayuda de los médicos clínicos. Estarán así más oportunamente informados de la aparición de casos de males transmisibles, con lo que podrán orientar mejor su actuación en este aspecto. La experiencia de los clínicos en el tratamiento de estas enfermedades, debidamente recopilada, seleccionada y tratada por los sanitaristas, será después información certera y provechosa para todos. La comprensión de los clínicos y su aquiescencia para colaborar con los sanitaristas hará menos ardua y más efectiva la labor en educación higiénica necesaria para promover la participación activa de los miembros de la colectividad en defensa de su salud. Esta colaboración prestará a los sanitaristas la autoridad que los clínicos suelen tener sobre sus pacientes, acostumbrados a acatar como órdenes las prescripciones que de aquéllos reciben y en quienes tienen plena confianza. Finalmente, esas mejores relaciones contribuirán a afirmar en todos los médicos el reconocimiento del carácter social de la medicina y la estimación de los beneficios que la misma procura no sólo como los que aprovechan individual-

mente a los pacientes, sino también como los que sirven a las colectividades humanas en sus conjuntos.

La gran trascendencia que tiene la actuación preventiva de los médicos clínicos ha sido justamente estimada, desde hace tiempo, por quienes tienen a su cargo la preparación de los futuros médicos y por los que encauzan las actividades sanitarias, a escala nacional o en lo internacional. La necesidad de dar a los estudiantes de medicina la convicción de esa importancia y los conocimientos y las habilidades para la prevención ha movido a la Organización Mundial de la Salud a organizar reuniones internacionales de expertos para tratar esta cuestión. Se recordará al respecto que en nuestro continente se han efectuado semejantes conferencias en Colorado Springs, Estados Unidos; Viña del Mar, Chile, y Tehuacán, México. En estas conferencias se discutió ampliamente, por expertos sanitaristas y por maestros de la medicina, y tomando en cuenta circunstancias de lugar, de tiempo y otras pertinentes, la mejor manera de incorporar en los planes de estudio de las escuelas de medicina la enseñanza que haga que quienes van a ser médicos se enteren cabalmente y comprendan bien que deberán actuar, en los casos en cuyo tratamiento intervengan, considerándolos no sólo como problemas biológicos en espera de resoluciones científicamente correctas, sino también como problemas humanos que atañen al bienestar de personas y de colectividades, y cuya resolución adecuada requerirá, además de hacer cesar un proceso pa-

tológico, lograr, por la prevención de las consecuencias nocivas inmediatas o remotas de tal proceso, la reintegración cabal de la salud, en la persona que lo sufre y en el ambiente humano o social de la misma.

Sería provechoso para todos que las conclusiones de esas conferencias fueran llevadas a la práctica, efectivamente, por todos los profesores en las escuelas de medicina, preparados adecuadamente para cumplir ese aspecto de su misión. Porque no se ha sugerido, para hacer esa labor, incluir una materia más en los planes de estudios, sino integrarla en todas las del curriculum, en las básicas y en las clínicas, ya que lo que se busca es más bien imbuir una orientación, un punto de vista, una filosofía. No se trata de enseñar algo nuevo o distinto, sino de incluir conscientemente en todas las formas del ejercicio de la medicina, algo que es elemento constante de la misma. Como la ética médica, que no se ha de enseñar en una cátedra aparte, sino que debe estar siempre en todas las actuaciones del médico, con sus pacientes en lo individual y con la sociedad a la que sirve.

En cuanto a los médicos profesionales, graduados antes de que la medicina preventiva se incorporara en los planes de estudio tal como han sugerido esas reuniones internacionales, todos saben bien hoy que la educación del médico no termina con su examen de grado, sino que se ha de prolongar durante todo el ejercicio de su profesión. Cada médico, al repasar la materia de su especialidad para recordar

lo olvidado y enterarse de lo nuevo que haya en la misma, debería atender no sólo a lo que inmediatamente pueda servirle para mejorar su capacidad de diagnóstico o para prescribir tratamientos más eficaces, sino también a todo lo que lo habilite para intervenir con efectividad mayor en materia de prevención, buscando con ello el mayor provecho para sus casos y para la colectividad en la que presta sus servicios.

Se dijo en un principio que la prevención formaba parte de la medicina desde los tiempos más remotos y que el progreso que ésta ha logrado en su conjunto ha sido más impresionante en el campo de la prevención. Casi es innecesario añadir que la prevención seguirá siendo parte esencial de la medicina en el futuro. En el panorama universal de la salud pública se registran, con el transcurso del tiempo, cambios en calidad y en magnitud, en la incidencia de las enfermedades conocidas así como el incremento en otras formas de alteración de la salud. Siguen decreciendo los padecimientos transmisibles, algunos casi hasta desaparecer, al menos en los países más desarrollados. En cambio, otros son más abundantes ahora, debido a nuevas modalidades en la vida de las personas y de las sociedades, e incluso a éxitos de la sanidad. Un renglón de importancia siempre creciente, en número de casos y de muertes, es el de los accidentes, los causados por vehículos de motor y los que ocurren en el interior de las moradas humanas, especialmente por caídas o por intoxicación debida al uso erróneo de pro-

ductos medicinales. El aumento en la duración de la vida, que desde hace años se registra en todas partes, tiene varias consecuencias indeseables que requieren formas especiales de prevención. El mayor número de personas que llegan a edad avanzada obliga a atenciones particulares para que no sólo sobrevivan, sino que disfruten de buena salud y no constituyan un grupo inútil o estorboso. En todas partes, pero más en los países subdesarrollados, el incremento de la población origina problemas que de no recibir oportunamente resolución adecuada serán de gravedad mayor que los que ocasiona la enfermedad. Estos males, ya presentes, y que crecerán seguramente con los años, no son de los que se pueden curar, sino que es preciso prevenirlos, y esa prevención debe hacerse desde ahora.

Creo que no es tiempo perdido del

todo el que el médico dedique a reflexionar de vez en cuando sobre aspectos de su profesión que no siempre se imponen a su conciencia, o que lo hacen vagamente y sin consecuencia efectiva. Es posible que la sugestión que se desprende de lo dicho ahora parezca que complica más el ejercicio profesional. No lo creo así, pero si fuere en realidad, diría que no estoy de acuerdo con quienes quisieran simplificar la enseñanza de la medicina, para dar a las masas una atención de segunda clase que no las servirá como lo necesitan ni dará satisfacción a quienes aspiran a merecer justamente el dictado de profesionales, cuyos caracteres básicos son, según ha dicho hace poco un cientista destacado, aspirar a la íntima satisfacción de servir correctamente y a la noble recompensa que es merecer la estimación de quienes son sus iguales.
